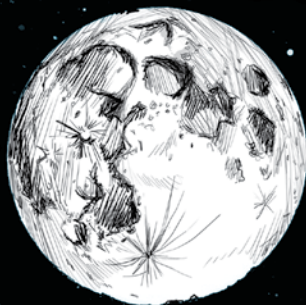


GALÁCTICAS

Sabine Both
Gerlis Zillgens

Misión Luna





Capítulo 1

Nina

¡Pero, por favor! ¿Qué ruinas son estas? ¿Cómo es que esta vieja fábrica no tiene una sola ventana? O al menos algún agujero entre los ladrillos. La ranura de un buzón. Un hueco por donde mirar.

Llevo diez minutos dando vueltas a este maldito edificio, me he enredado en un alambre oxidado, he pisado una asquerosa caca de perro y he puesto la oreja en una pared plagada de hormigas. Y todo para nada. Desde que todos los de la banda, con Alfred incluido, desaparecieron por la pesada puerta de hierro no he vuelto a oír nada. Ni el más mínimo ruido. No están ensayando, eso está claro, lo habría oído a pesar de las gruesas paredes. Pero, entonces, ¿qué están haciendo?

Rodeo el edificio hasta volver otra vez al punto de partida, estoy sudando y sin aliento. Por lo menos la horrible sensación en el estómago ha disminuido un poco gracias a la carrera. No ha desaparecido del todo, no lo ha hecho en todo el fin de semana. Ha retumbado en mis entrañas como un mal presagio durante las noches que he pasado sin dormir y los días que han

transcurrido apáticos. Se ha instalado como en su casa desde que Anna y yo tuvimos claro lo que habíamos hecho.

Me siento en un viejo bidón de gasolina y observo aburrida la basura y los trastos que hay entre la maleza. *Basura y trastos*. Solo con pensarlo ya es suficiente. Al momento la horrible sensación en el estómago inicia un *crescendo* y se convierte en una mezcla de una apendicitis y un tiro en la tripa. La basura y los trastos de Alfred han desaparecido del barracón debajo del puente. Cuando fui ayer al escondite secreto que he compartido tanto tiempo con Alfred no pude creer lo que estaba viendo. No había botellas vacías ni restos de comida cubiertos de moho, no estaba su guitarra. ¡Hasta el apestoso olor de Alfred se había desvanecido! Busqué colillas aplastadas, pero no vi ninguna. Las botas llenas de agujeros en las que el último invierno había anidado una familia de ratones: ni rastro. Plutón también se movió totalmente confuso de un lado a otro del barracón husmeando por todas partes. Cuando terminó, me miró con sus ojos de rata como si quisiera decirme: ¡Es todo culpa tuya!

¡Y tiene razón, maldita sea! Por mi culpa ya no vive Alfred conmigo en el barracón del puente. Por mi estupidez Guido ya no tiene ni idea de que era yo, y no Alfred, la que antes cantaba en su banda. Y que nuestro revolcón en el colchón no haya ocurrido nunca también se debe a mí. Y a Anna.

Anna

—¿No tienes salchicha negra? Quiero decir, ¿ni siquiera una? —La señora Moser gime desesperada como si el hecho de que mi padre no tenga en la tienda su salchicha favorita fuera el fin del mundo. Como poco.

—Por desgracia no, señora Moser, lo siento.

—¿No tienes ni siquiera un trozo pequeño?

—No, ni siquiera un trocito.

La señora Moser está muy afligida. Se le humedecen los ojos, se limpia la nariz con gran estruendo y abandona la tienda muy apenada.

Ya me gustaría a mí tener los problemas de la señora Moser, pienso a pesar de que ahora encima me siento culpable por no tener ninguna salchicha negra. Culpable, culpable, culpable. Mientras atiendo de forma mecánica a otros clientes, mis pensamientos siguen girando como una carraca en torno a lo mismo, no dejan de atormentarme. He estado todo el fin de semana como paralizada. Ni siquiera esta mañana, en el colegio, podía pensar con claridad. Y tampoco he podido hablar con Nina porque ha vuelto a hacer pellas y no ha contestado el teléfono en todo el fin de semana. Creo que se ha refugiado en su barracón del puente para fumar extrañas mezclas de té de hierbas o beberse las botellas de Alfred.

Nina y yo hemos cumplido una misión por segunda vez, pero hemos perdido mucho con ella. Hemos cometido un grave error y ahora ya no existen ningún Sven en mi vida ni ningún Guido en la de Nina. Nuestros jefes extraterrestres han cambiado nuestro pasado de forma que las dos personas que ocupan nuestro corazón ya no se acuerdan de nada que tenga que ver con nuestro corazón. ¡Eso sí es trágico, señora Moser! No que no quede ni un trozo de salchicha negra en la tienda.

—Trece euros setenta —me oigo decir al siguiente cliente, y apenas le he dado el cambio cuando ya estoy sumergida por completo en la monotonía del carrusel que no deja de girar en mi cerebro.

¿Cómo hemos podido ser tan idiotas?, me pregunto por enésima vez. Sabíamos que no podemos utilizar con fines privados las capacidades especiales que recibimos para poder cumplir nuestras misiones. ¡¡¡LO SABÍAMOS!!!

—¡Solo quiero un cuarto de kilo! —La carraca se detiene. Un cliente señala sorprendido la montaña de salami que he formado en la máquina de cortar el fiambre. Me disculpo en voz baja, peso doscientos cincuenta gramos, le cobro, y la carraca se pone otra vez en marcha. Un cliente tras otro. Un reproche tras otro. Una porción de carne picada mitad y mitad. Una vida hecha picadillo.

—¡Hola, Anna! —oigo que me dice una voz. Una voz alegre. Llena de energía.

Gina está en medio de la tienda y me sonrío. Mi corazón da un salto, intenta recuperarse, fracasa y deja de latir. El que pasa su brazo con cariño por el hombro de Gina y dice «Hola, Anna» no es otro que Sven.

Nina

Saco a Plutón del bolsillo del pantalón y me lo paso una vez por la cara. Me sienta bien. Pero solo por un momento. Cuando lo dejo otra vez en mi hombro no se esconde bajo mi camiseta, sino que salta a la pared de ladrillo y empieza a trepar por ella antes de que pueda detenerlo.

—¡Maldita sea, Plutón! ¡Vuelve! —grúno, pero él no me hace caso y cuando llega al tejado de la nave industrial me mira moviendo los mofletes. Saco un trozo de chocolate del bolsillo del pantalón y se lo enseño. Él no reacciona. Me giro y me alejo de allí con decisión. No sirve de nada. Le tiró unas piedrecitas. Ni siquiera mueve los bigotes.

—Quieres que suba a buscarte, ¿no?

¿Pero cómo lo hago? Observo la pared con atención. ¡Imposible si no eres un experto en escalada libre! Avanzo un poco alrededor del edificio y por fin descubro una escalera de mano oxidada.

—¿Por qué no me hago con una rata nueva y dejo que tú te pudras ahí arriba? —Me preparo para subir por los frágiles peldaños—. ¡Si me caigo será por tu culpa!

Subo con cuidado un peldaño tras otro, hasta que por fin siento con alivio suelo firme bajo mis pies. En el tejado de la fábrica hay varios tragaluces. Plutón está delante de uno de ellos.

—¿Cómo lo sabías? —le pregunto y me lo vuelvo a guardar en el bolsillo del pantalón. Luego lanzo una mirada furtiva por la sucia claraboya y tengo que sonreír. ¡Nunca van a conseguir que esté sobrio! Aunque desde donde estoy veo la escena desde arriba, sé lo que está pasando ahí abajo. *Punk-to y Koma* quiere ensayar, pero eso es imposible con un cantante borracho. Luisa ha dejado la guitarra a un lado, Jakob puntea el bajo con desgana y Guido intenta que Alfred esté más o menos bien. Le da un vaso de café tras otro, lo atiborra de galletas y le habla gesticulando.

Hacía mucho que no veía a Alfred tan borracho. ¿Seguirá pensando Guido que su nuevo cantante recién descubierto es totalmente retro?

Guido pasa por encima de su hombro uno de los brazos de Alfred e intenta llevarlo hacia el desvencijado sofá que hay en el otro extremo de la nave. Reconozco el viejo saco de dormir de Alfred. Parece ser su nueva cama aquí. La sensación de mi estómago pasa a *fortissimo*. No puedo evitar imaginarme que estoy en la situación de Alfred. Que Guido me lleva hacia el sofá. Que hacemos en ese sofá lo mismo que hicimos hace unos días sobre el colchón del barracón del puente. Con

furia. Con fuerza. Con una intensidad que hace que ahora se me vuelva a erizar el pelo. ¡Por mi culpa!

Aparto estos pensamientos imaginando que el aliento de Alfred debe de apestar como una licorería entera y que, por lo que veo desde aquí arriba, hace tiempo que no ha pisado una ducha. ¡Pobre Guido! Aunque parece darle igual. Tampoco parece importarle que Alfred empiece a gritar tan fuerte que hasta yo puedo oírlo. Trata al moñas con mucha delicadeza y le hace avanzar metro a metro. Hasta que dejo de verlos y tengo que irme a la siguiente claraboya sin hacer ruido. El suelo cede bajo mis pies con un crujido sospechoso y, para mi gusto, excesivo. Pongo con cuidado un pie delante del otro, pero justo en el momento en que Alfred empieza a aullar como un lobo y yo llego a la claraboya, ocurre. El aislante roto del tejado cede, la madera podrida que hay debajo también y mis piernas desaparecen en el abismo. Mi cuerpo cae hacia delante, mi cabeza aterriza en el borde de la claraboya y a pesar del dolor punzante de mi muslo izquierdo compruebo que, gracias a los techos altos y a Alfred, nadie se ha dado cuenta de mi caída.

Excepto Alfred. Se tira al suelo aullando y dando patadas y se queda mirando el techo con los ojos como platos. Su mano se eleva, señala hacia donde yo estoy, quiere decir algo, pero de pronto cae sin más en un sueño más parecido al coma que a otra cosa.

Anna

¡Una visión, un sueño, un espejismo! Lo que veo delante del mostrador no puede ser real. ¡No son Sven y Gina los que están en la cola besuqueándose para hacer más corta la espera!

Me pellizco con disimulo, me piso los pies, me pregunto si debo cortarme un dedo con la máquina del fiambre para despertar por fin de esta pesadilla.

—Cuatro chuletas de cordero pequeñas —pide el siguiente cliente sin inmutarse. El cuchillo con el que corto la carne se clava al mismo tiempo en mi corazón cuando oigo que Gina le confiesa a Sven lo muchísimo que lo quiere.

El cliente paga, luego se plantan los tortolitos delante del mostrador.

—¿Qué desean? —pregunto siguiendo con mi rutina, y no pierdo la esperanza de que los dos echen de pronto a volar o se arruguen o hagan cualquier otra maldita cosa que me indique que solo estoy sufriendo una estúpida pesadilla.

—Queríamos preguntarte una cosa —dice Gina.

—Eso, queríamos preguntarte algo. —Sven aparta su brazo del hombro de Gina y le coge la mano.

—Bueno, queríamos preguntarte si nos puedes escribir un artículo para el periódico del colegio.

—Bueno, para ser más exactos, si puedes escribirlo por Gina. —Sven me sonrío primero sin demasiado entusiasmo, luego lo hace Gina de forma más exagerada.

—Sabes, ahora tengo muchas cosas que hacer. Bueno, no podía imaginarme que nosotros... que yo... bueno, que Sven y yo...

—Que ahora necesitamos un poco más de tiempo para nosotros. —Sven me sonrío por primera vez directamente.

Un cuchillo de harakiri se clava en mi vientre, destroza mis órganos, me abre en canal de arriba abajo y me deja medio muerta.

—El tema te pega más a ti —dice Gina con voz de pito—. El consumo de drogas en los patios escolares. Desde que vas tanto con Nina entiendes más de eso.

—Exacto. —Sven asiente con un gesto de aprobación—.
¿Crees que podrás hacerlo?

Sigue mirándome a los ojos. Sonrisas, harakiri, picadillo de órganos internos. Sven no parece conservar ni un solo recuerdo de mí. De nosotros dos.

No estoy en condiciones de protestar. No tengo fuerzas ni para decir una sola palabra.

—¿Podrían resolver sus asuntos personales en privado?
—nos interrumpen una clienta enfadada—. Quiero un kilo de solomillo de ternera. Muy tierno.

Yo asiento con aire indefenso.

—¡Genial! —dice Gina—. Sabía que podía confiar en ti.

—¡Guay! —añade Sven, y me lanza una tercera sonrisa de harakiri—. Cuenta con mi voto en las próximas elecciones del delegado de clase.

Gina muestra una amplia sonrisa, vuelve a besuquear encantada a Sven delante de mis narices y sale con él a toda prisa por la puerta.

Nina

¡Otra vez estoy hablando con el buzón de voz!

—¡Anna, vaca estúpida! ¿Dónde estás?

¿Para qué quieres tener de compañera a la cursi más responsable y dispuesta de todo el colegio si ahora ni siquiera contesta su estúpido móvil?

¡Estoy atrapada! ¡Me duele la pierna! ¡Necesito ayuda!
¡No puedo salir de aquí yo sola!

—¡Y tú no me mires con esa cara de tonto! —Es como si Plutón tuviera una sonrisa de satisfacción en el hocico—. Seguro que el señor Anteros te lo susurró al oído en nuestro úl-

timo viaje al universo. Orden del jefe: ¡Eh, Plutón, lleva a Nina hasta un tejado podrido para que aquí, en el universo, podamos reírnos un poco!

¡Me creo cualquier cosa de esos de ahí arriba!

Echo un vistazo a la fábrica. Alfred sigue profundamente dormido. Está solo en toda la nave, pues hace cinco minutos que todos los del grupo se han marchado decepcionados.

Aprieto la tecla de rellamada. ¡El buzón de voz! No dejo más mensajes, sino que intento por enésima vez salir yo sola de este embrollo. Pero no lo consigo. En cuanto muevo la pierna izquierda noto un espantoso dolor en el muslo. Tan fuerte que hasta hace desaparecer por un momento la horrible sensación del estómago. Tal vez debía haber llamado la atención de los de la banda antes de que se largaran de aquí. ¿Pero qué iba a decirles? Perdón, estaba paseando por el tejado y entonces... ¡No, no es una buena idea!

¿Qué voy a hacer si Anna no escucha mis mensajes? ¿Llamar al señor y la señora Jeschke? Eh, padres, ¿podrías rescatarme del tejado de una fábrica? ¡Jamás! Me basta solo con pensarlo. Me basta con pensar en las miles de preguntas, las miradas preocupadas, las afirmaciones de que me quieren hasta cuando me meto en estos líos incomprensibles.

Busco en la agenda de mi móvil y compruebo que es bastante reducida. Casa. Pizzataxi. Guido. Anna. Hasta ahora no me ha importado, pero en este momento me vendría bien algún que otro amigo.

Anna

La campanilla de la puerta suena cuando sale de la tienda el último cliente. Respiro profundamente. No es una buena

idea. Coger aire con fuerza después de un ataque de harakiri es como echar gasolina en el fuego. Una llamarada me quema por dentro.

Por favor, ni un solo cliente en cinco minutos por una vez, suplico, necesito una pausa, si no voy a desmoronarme. Mi súplica es escuchada. No aparece ningún cliente en la tienda, pero sí mi madre.

—Ven, Anna —me ordena desde la puerta, y yo la sigo hasta la trastienda.

Sobre la mesa hay un sobre abierto. Mi madre me entrega un documento.

—¡Lo tenemos! —Casi se le quiebra la voz por la emoción—. ¡Ha funcionado!

—¿Qué tenemos? ¿Qué ha funcionado? —pregunto desconcertada.

—¡Lee! —Mi madre se balancea expectante de un pie a otro.

Contrato de arrendamiento. Leo el encabezamiento en letra negrita y debajo la frase *Se alquilan los siguientes locales...*

—¡La otra tienda! —me aclara mi madre impaciente—. ¡Por fin tenemos otra tienda!

—¿Otra tienda? No sabía que vosotros...

Me arranca el papel de las manos.

—¡Pero Anna, si ya te lo habíamos contado!

—Eh... no creía que vosotros...

—¡Ay, estoy tan contenta! —Mi madre me abraza con fuerza—. No vamos a tener mucho trabajo, la tienda también era antes una carnicería. Solo tendremos que pintar, ampliar el mostrador y poner el suelo nuevo.

—¿No mucho trabajo? Pero aquí ya hay demasiado...

—¡Bah, lo conseguiremos sin problemas! —Mi madre me suelta, se dirige a toda prisa al rincón donde mi hermano pe-

queño se entretiene con sus juguetes y lo levanta entusiasmada por los aires—. Y cuando todo funcione como imaginamos, compraremos la tienda y así luego los dos tendréis la vida resuelta.

Kimi grita de alegría, como siempre que se le hace volar. No tiene ni idea de que mi madre nos ha obligado a él y a mí a pasarnos la vida vendiendo salchichas negras. La campanilla de la puerta interrumpe su euforia.

—¡Toma! ¡Cógelo! —Mi madre me pone a mi hermano en los brazos—. Ya has trabajado bastante por hoy. Ahora puedes jugar un poco con Kimi.

¡Jugar un poco con Kimi! Aunque lo quiero mucho, lo que mamá quiere decir es que lo cuide. ¡Eso es trabajar! Y aún va a haber más trabajo cuando tengamos una segunda tienda.

En la puerta mi madre se gira y mete la mano en el bolsillo del delantal.

—¡Ah, sí! Acaba de sonar tu móvil. Lo he apagado para que no te molestara. —Me entrega el teléfono y se dirige a toda prisa hacia el mostrador.

Kimi la sigue con sus enormes ojos y dos pequeñas lágrimas se deslizan por sus mejillas. Debería haberse acostumbrado ya a que su mamá siempre tiene que ocuparse de cosas más importantes que él.

Lo abrazo con fuerza y enciendo mi móvil. Suena enseguida.

—¡¡¡Ayuda!!! —grita Nina en mi oído.



¿A QUIÉN ELEGIRÍAS
SI PUDIERAS METERTE
EN EL CUERPO DE OTRA PERSONA?

EN SU TERCERA MISIÓN,
LAS GALÁCTICAS NO DEJARÁN PASAR
LA OPORTUNIDAD.

Con mucha chispa, humor,
cierto descaro y gran imaginación.
¡Acción para chicas resueltas
y con carácter, y una buena dosis
de sentimientos
verdaderos!



1578194

ISBN 978-84-678-6088-7



ANAYA

www.anayainfantilyjuvenil.com